

## **EGIL, EL PORTADOR DEL PASADO**

Egil era un chico inteligente pero no alcanzaba comprender qué significaba aquella misteriosa nota que había aparecido esa misma mañana en su escritorio. Dando honor a su terquedad volvió a leerla por séptima vez:

*No puedo darte mucha información pero sé que eres un chico curioso y apasionado. Por favor, sólo tú con tu extraño don puedes ayudarme.*

*Ayúdame a descubrir más sobre el pasado. Dirígete hacia las coordenadas que te indico e investiga. El pasado puede ayudarnos a comprender muchas cosas. Sé que lo conseguirás*

*Muchas gracias Egil.*

*J.K.M*

Detrás de la hoja había una clara descripción de las coordenadas mencionadas.

Esto era imposible. Sólo él y su querida madre sabían de la existencia de su don. Su extraño don que le hacía diferente a cualquier otra persona. Según las conclusiones que había sacado de sus experiencias ese don le permitía comunicarse (si así se le podía llamar) con objetos y cosas inertes. Esto le había ocurrido unas tres veces.

Egil recordaba con exactitud lo que había visto, sentido y descubierto en cada una de ellas. La primera vez fue a los 6 años. Él estaba con su madre y con su padre (que aún no había fallecido) en un anticuario. Estaba solo en un rincón inmerso en los laberintos de figuras y formas que adornaba una vieja caja cuando de repente dejó de oír la áspera voz del vendedor y los murmullos de desacuerdo de su padre. Todo cambió de repente y comenzó a oír una extraña voz. Esta parecía contar todos los secretos y misterios que ese objeto contenía. Por lo que Egil entendió, aquella cajita había pertenecido a una importante reina del más grande de los imperios hacía millones de años. A la simple cajita se le había otorgado la mayor de las tareas que nunca una cajita ha tenido que llevar a cabo: guardar la llave única de la cámara de los secretos dónde se guardaban los más grandes misterios de la tierra conocida. La caja le contó toda su historia con todo detalle. Tan bruscamente cómo había empezado el visión terminó y pareció que nadie se había dado cuenta.

Lo mismo le pasó a los 12 años cuando tocó un extraño objeto que pareció ser un *casete*, un artefacto para el registro y reproducción de sonidos muy común a finales del s.XX. El casete reprodujo toda una conferencia sobre algún deporte que parecía llamarse *fútbol*. Pero esta no fue la última vez que sufrió orto *flashback* (cómo nombró a esos lapsus). La última vez había sido un jarrón. Este había pertenecido a una pobre campesina desdichada en el amor. El aguamanil le había contado todas las penas de la mujer (que había vivido en la Edad Media), ya que ésta las contaba a la pobre jarra.

A Egil no le asustaba su don, le parecía algo fascinante y divertido, ya que desde siempre le había gustado la historia. Pero la idea de que un desconocido supiera de su existencia no le entusiasmaba demasiado. Por lo tanto se dirigió a la habitación del ordenador (una habitación

cubierta de pantalla llena de micrófonos y sensores de voz). Cada vez que Egil entraba allí le venía a la memoria un documental que había visto hacia unos meses sobre las "viejas tecnologías" de la gente del s.XXI. Ese documental era de un valor incalculable, ya que como todo el mundo sabía, a finales de ese siglo había tenido lugar una terrible desgracia que acabó con toda la información y datos históricos que se habían recopilado hasta la fecha. Por lo tanto la humanidad tenía un tremendo desconocimiento del pasado y ya solo quedaban unos pocos cuentos, mitos y leyendas sobre esos lejanos tiempos.

Era todo esto el motivo que impedía a Egil a arrojar la pequeña nota de su escritorio a la basura. Si lo que aquél papel decía era cierto, él, el pequeño Egil podía ayudar a los hombres a descubrir parte de su origen, alguna que otra respuesta de porqué estaban dónde estaban.

Encendió la computadora y buscó quién era ese tal "J.K.M". Pero no lo encontró, no encontró nada. Desesperado por el mal gusto de la ignorancia buscó qué situación marcaban las coordenadas. Le extrañó ver que estas indicaban un concreto punto en medio de la mar Baja (la antigua mar Mediterránea). No había estado muchas veces en aquella zona del país pero sabía que era un lugar bonito y tranquilo. Un lugar idóneo para pasar las inminentes vacaciones de verano.

No le había costado mucho convencer a su madre. Pero aún no le había contado nada de la nota. Esperaba hacerlo una vez hubieran llegado para que no pudiera oponerse a su plan.

Cuando llegaron (al cabo de diez minutos, ya que habían viajado en propulsores) no les costó mucho instalarse, por lo que aún les quedaban unas horas antes de la cena. Egil decidió que había llegado el momento de decírselo. Fue hacia su habitación pero la encontró vacía con una nota donde le contaba que había tenido que ir a hacer unos recados "sorpresa" (aunque Egil sabía perfectamente de qué se trataban, ya que en dos días era su aniversario) y que no volvería hasta la cena.

Así que Egil decidió ir a inspeccionar la zona por él mismo. Cuando llegó al puerto estaba anocheciendo pero aún hervía de movimiento. Los pescadores corrían de un lado a otro para recoger el pescado que las máquinas habían recogido a lo largo del día, los marineros llegaban con sus barcos de quién sabe qué expedición, los niños jugaban, las madres compraban, etc. A Egil no le costó mucho pasar desapercibido y se encaminó hacia la cabina de alquileres. Allí recogió una pequeña cápsula que navegaba deprisa bajo el mar.

Emocionado por lo que le podía pasar a continuación, Egil encendió los motores y puso rumbo hacia las coordenadas escritas en la nota que guardaba celosamente debajo de su camiseta.

- Fin del trayecto. – Anunció la voz en off de la cápsula.

Egil miró expectante el paisaje para ver dónde le había conducido el misterioso J.K.M., pero nada. Fuera solo se veía agua y algún que otro pez que nadaba distraídamente. Pero no se rindió. Sabía que allí tenía que haber algo más. Cogió el mono de submarinismo del armario de la cápsula y salió fuera para ver que más encontraba.

Al cabo de unos minutos de creciente decepción, Egil distinguió un trozo de madera del tamaño de su palma medio enterrado en la arena. Nadó hacia él rápidamente y lo desenterró. En la madera aún se podía distinguir una gran "I" grabada. Fue entonces cuándo ocurrió.

Mientras se preguntaba de dónde había salido aquél pedacito de madera, la realidad empezó a desvanecerse. Egil cerró los ojos creyendo que iba a presenciar otro de sus flashbacks. Pero fue diferente. Esta vez no oyó la clara voz de un objeto contándole su vida, sus penas y sus historias. Más bien parecía que se encontrase en el mercado. Una infinidad de voces chillaban de exaltación. Todo era ruido, gritos y un continuo "tuut" que se sobreponía a todo lo demás. Alarmado, Egil abrió los ojos y se encontró rodeado de hombres, mujeres y niños que señalaban, reían y gritaban. Todos ellos iban vestidos de una forma muy extraña, cómo nunca había visto Egil. Por lo que logró entender, se encontraba en el puerto de alguna ciudad que parecía ser de otra época. Pero cómo he llegado aquí? – se preguntaba.

Súbitamente la gente empezó a moverse y se acercaron al muelle. Entonces lo vio. Un enorme submarino de madera se alzaba en el agua. Egil lo miró maravillado. En su época se conocían los submarinos pero eran tan diferentes que apenas lo identificó. Se acocaron más y pudo distinguir a un lado de la nave la inscripción: Ictíneo I. Ela la misma "I" que había recogido debajo del mar! Egil estaba emocionadísimo con los acontecimientos. No sólo había encontrado un fragmento de un antiguo submarino, se encontraba lejos de su época en un tiempo desconocido por todo el mundo y con la oportunidad de descubrir y averiguar sobre el pasado. Era tanta su excitación que ni le preocupó cómo regresaría a su época más adelante.

La gente volvió a moverse y algunos subieron a bordo del submarino. Egil, sin pensárselo dos veces corrió hacia allí y logró colarse dentro de la nave. Esta no era muy espaciosa pero cabían fácilmente las 20 personas que habían entrado. Egil se acorruco en un rincón y observó. Desde allí se percató de que todo el mundo quería hablar con un hombre alto y elegante con el pelo anaranjado y una sonrisa permanente. El hombre se dirigió hacia el panel de control y encendió los motores. Llegó un bramido de sorpresa y emoción procedente de los espectadores del muelle. Parecía que el submarino era algo nunca visto.

Empezaron a descender y el hombre se acercó a Egil.

- Hola chico, ¿cómo te llamas? Soy Narcís Monturiol inventor de esta preciosa máquina.

Hablaba la misma lengua que Egil pero con un pronunciado acento que hacía que casi no se le entendiera.

- Buenos días, señor. Soy Egil. ¡Le felicito por su invento!

- ¡Muchas gracias! ¿Entiendes de barcos?

Y pasaron todo el viaje hablando de técnicas submarinas y de navegación, ya que en la época de Egil todos los niños tenían conocimientos de eso. Narcís parecía fascinado, sorprendido e interesado. Así empezó su amistad.

Narcís le invitó a su casa a cenar. Era una pequeña casita que reflejaba lo arruinado que había llegado a estar, pero era muy acogedora e increíblemente interesante para Egil, ya que era lo único que podía conocer del pasado.

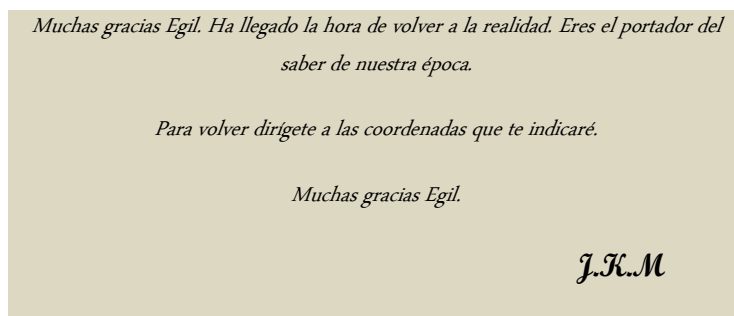
Aunque Egil no reveló su procedencia (se inventó que venía de otro país muy lejano) no pudo esconder su profunda fascinación y curiosidad por conocer todo aquello que le rodeaba.

Pasaron los días y Egil se convirtió en el discípulo de Narcís. Juntos charlaron largo y tendido en el despacho sobre posibles modificaciones de los submarinos, emprendían aventuras bajo el mar, recogían coral (una planta muy curiosa y hermosa que crecía en las profundidades del mar), etc.

Narcís le instruyó en historia y lo llevó a visitar varios museos, ruinas, a hablar con estudiosos y muchas otras cosas que permitieron a Egil conocer toda la historia perdida de la humanidad.

Había pasado un mes desde su llegada a lo que pareció ser el s.XIX, cuando, un miércoles encontró una nota igual que la que había encontrado en su casa. Aquella nota le recordó que no podía vivir siempre en aquella época por mucho que le gustara y empezó a darse cuenta de que su madre debía estar desesperada buscándole. Egil había cumplido su cometido y era hora de volver.

La nota decía:



*Muchas gracias Egil. Ha llegado la hora de volver a la realidad. Eres el portador del  
saber de nuestra época.*

*Para volver dirígete a las coordenadas que te indicaré.*

*Muchas gracias Egil.*

*J.K.M*

Y detrás volvía a haber una explicación de las coordenadas que le llevarían de vuelta a su mundo y a su tiempo.

Sabiendo que no había otro remedio, Egil se dirigió al despacho de Narcís dónde estaba entusiasmado con uno de sus cuadros.

- Ha llegado la hora de mi partida. –anunció.

Durante la siguiente hora se despidieron y hicieron el equipaje. Narcís le regaló algunos libros de historia y objetos antiguos. Egil estaba más que agradecido por todo aquello.

Finalmente se dirigió a las coordenadas indicadas por el (como decía Egil) aún misterioso J.K.M. Estas le llevaron a un callejón sin salida dónde encontró un cuenco procedente de su época. Lo cogió y (como había pasado con el pedazo de madera) el mundo cambió y se encontró otra vez dentro de su cápsula.

Nadó rápido hacia el exterior para ir a ver a su madre, pero, al salir a la superficie, se encontró con que nada había cambiado: el Sol aún estaba en el borde del horizonte apunto para ponerse, los relojes marcaban la misma hora, etc. ¿Era posible que su mes de viaje se hubiera “esfumado”? Egil sabía que había sido real porque aún conservaba todos los libros y los regalos de Narcís Monturiol.

Se dirigió hacia el muelle y se fue a su hotel. Desde allí llamó al Museo Nacional de Historia (que contenía objetos a partir del s. XXII) y les explicó lo que había encontrado “bajo el mar”.

A partir de aquél día, el mundo de Egil cambió. Al fin el mundo conocía su historia, su origen.

Pero aquí no acababa la misión que había emprendido Egil. Él sabía que no pararía hasta descubrir quien era ese misterioso J.K.M.